

UNA VOZ HACIA LA LIBERTAD

*"El desastre quotidià
que s'allargassa anys i anys
la lentitud de la represa
i els que cauen pel camí
els tirs mal dirigits
i, perquè no dir-ho també
una fe, una gran fe
en determinada gent
és el que jo cante..." (1).*

La primera inmensa, interminable ovación de la noche fue para Marcelino Camacho cuando atravesó la larga pista para ocupar su asiento. Eran las diez y diez y el Pabellón de Deportes del Real Madrid se transformó en un aplauso unánime sólo interrumpido por los gritos de "¡Marcelino, Marcelino!". Desde más de una hora antes, centenares de personas con localidades sin numerar habían acudido hasta allí para luchar por un sitio lo mejor posible. Era un público "distinto", de una media de edad que no superaría los veintitantos años, anhelante de participar en un acto colectivo con el máximo posible de libertad, el que iba ocupando las gradas y la pista para escuchar a Raimon en su regreso a Madrid. A partir del momento en que el recital —y los tres que deberían seguirle— fue anunciado, principalmente a través de paneles situados en las estaciones del Metro madrileño, muy largas habían sido las colas ante las taquillas, muchas las horas que se consumieron para lograr una localidad. Jamás un recital despertó tal expectación en Madrid y quizá jamás un acto similar llegó a unos niveles tan espléndidos como el del jueves 5 de febrero en que Raimon se reencontraba, ocho años después, con un público que en este tiempo ha crecido, se ha hecho adulto y quiere hacerse oír.

Estaba el Pabellón ya casi lleno, cada uno hacía su pequeña "crónica de sociedad" reconociendo a los políticos, escritores, hombres y mujeres de cine y teatro que se sentaban a su alrededor, cuando una segunda ovación estalló en la

(1) "El desastre cotidiano que se alarga años y años, la lentitud de la recuperación y los que caen por el camino, los tirs mal dirigidos y por qué no decirlo también una fe, una gran fe en determinada gente es lo que yo canto..."

sala: Gabriel Celaya. Emocionados, llorando tanto él como su mujer, Celaya vio corear su nombre hasta que los amigos fueron a saludarle en su silla. Luego, Felipe González, recibido con "división de opiniones" que sólo los gritos de "¡unidad!" harían desaparecer. Luego,

fiada de quienes tantas miradas de tristeza e ira han cosechado y siguen cosechando. Un observador exterior habría dicho que allí todos eran amigos, que los asistentes se conocían de siempre, que cada uno estaba complacido de quien se sentaba a su lado... El juicio sería

Fernando Lara

Francisco García Salve. Luego, Simón Sánchez Montero... Y a las once menos veinticinco, la primera pancarta de "Amnistía" se desplegaba en medio del público. Y fue esta palabra la protagonista de la noche, coreada centenares de veces, a lo largo de todo el recital, por las gargantas de quienes vivían

cierto, exacto, porque realmente en el Pabellón existía una comunicación amistosa profunda motivada por los deseos comunes de que nuestro país deje de ser coto cerrado para algunos y se abra —de una vez por siempre— para todos. En ese deseo compartido, seis mil madrileños eran el 5 de febrero



una fiesta cívica insólita. Ningún grito, ninguna expresión superó a lo largo de dos horas el que contenía una petición unánime de amnistía, el que resumía el primer anhelo de muchos millones de españoles.

La fiesta cívica de cerca de seis mil madrileños comenzó ahí. Fiesta en su más profundo sentido, en su significación auténtica de unión colectiva en la alegría común de sentirse juntos y solidarios, alegres y participes de una expresión democrática. Banderas, globos, gritos de "¡Libertad!" eran la exteriorización del sentimiento de todos y emocionaba ver las caras sonrientes, la actitud abierta y con-



amigos íntimos de toda la vida.

Una silla de tijera, unos micrófonos, una luz, estaban esperando a Raimon como única decoración ante la cortina negra que cerraba la tarima que le haría visible a los espectadores. A las once menos veinte, esa luz se encendió, esa cortina negra se abrió y esos micrófonos comenzaron a emitir sonidos. Era Raimon, acogido entusiastamente y que aplaudía a su vez al público —como hizo en varias ocasiones posteriores— en devolución de su saludo, o quizá por muchas otras cosas, por otros motivos más importantes. "Con este recital, intento dar a conocer todas las cosas que no he podido

dar a conocer en estos ocho años", fueron las primeras palabras de un Raimon que desde el comienzo se atuvo a su habitual sobriedad: vestido de azul oscuro, con la guitarra en la mano, sin el más mínimo gesto fácil, espectacular o llamativo, sólo el brillo de sus ojos claros y la pasión que modulaba su voz se convertían en testimonios de que algo muy profundo estaba actuando en su interior. "La noche, qué larga es nuestra noche", decían sus versos iniciales...

*"De les vides, totes, que negaren,
de les brutalment trenca-
ren
de les que han trencat i neguen ara
naix potent aquesta nova força
que es veu
allà on mires
es veu
per tot arreu
es veu.
I diem que si que passen coses,
i vivim il·lusions de canvi
i anem redescobrint els fets
que tan conscientment amaga-
ren..." (2).*

Hora y media duró el recital de Raimon —con un descanso a la mitad de quince minutos— y veintuna canciones salieron de sus labios en ese tiempo. Ni una sola de ellas dejó de ser aplaudida cuando Raimon leía su letra en castellano o cuando la estaba cantando o una vez finalizada. Varias, las más divulgadas ("Al vent", "D'un temps, d'un país", "Diguem no", en dos ocasiones esta última), fueron coreadas por el público, quien pudo seguir fácilmente todas las demás por medio del folleto bilingüe que, conteniendo las letras, había sido entregado al comienzo. Con lo que la identificación entre el cantante y sus espectadores (aunque referidos a esta noche tales términos resultan absolutamente inadecuados: pocas veces cantante y espectadores se

(2) "De todas las vidas que negaron/de las que brutalmente rompieron/de las que rompen y niegan ahora/nace potente esta nueva fuerza/que se ve/a donde mire/se ve./por todas partes/se ve./Y decimos que sí, que pasan cosas,/y vivimos ilusiones de cambio,/y vamos redescubriendo los hechos/que tan conscientemente escondieron..."



Más de cinco mil personas se reunieron en la Ciudad Deportiva del Real Madrid para escuchar a Raimon. La petición de amnistía fue unánime a lo largo de toda la noche por medio de pancartas y de gritos coreados por los espectadores.



La relación de Raimon con el público difiere radicalmente de la de otros cantantes. Estas páginas le muestran leyendo la traducción castellana de sus letras y aplaudiendo al público.

han sentido más participes conjuntos e inseparables) fue total y absoluta a lo largo y lo ancho de todo el recital. Esa "comunidad" de que Sixto Cámara hablaba hace unas semanas en TRIUNFO, ese mismo compromiso existente a uno y otro lado del escenario al que se refería en su "Capilla Sixtina", estuvo presente en los noventa minutos que el cantante catalán vivió con el público de su primera noche madrileña. Al final, sudoroso y emocionado, Raimon —en nombre de su garganta, que tenía que cuidar para los tres recitales siguientes— solicitó que los espectadores no pidieran más lo que todos parecían estar deseando: que el recital se prolongase por toda la noche, que no finalizase un acto en el que se había encontrado esa comunión, ese compromiso compartido.

Canciones de su repertorio antiguo y muy difundidas, canciones compuestas hace tiempo pero que nunca había podido decir en público o ser emitidas por radio o televisión y canciones inéditas, compusieron el recital de Raimon, cuya estructura no hay que buscar, por lo tanto, en la fecha de composición de cada una de ellas, sino en su relación ideológica y política. Saltando, pues, por encima de la cronología, Raimon ofreció una continua reflexión sobre nuestra realidad a partir de una alternancia entre las canciones que luchan contra unos "tiempos viejos" y aquellas que comunican la existen-

cia de unos hombres y unos grupos dispuestos a que las cosas cambien, a que esa identidad y esas ansias de vida comunitaria a que se refieren muchas de sus canciones puedan ver por fin la luz. En otros términos, yo diría que el recital fue un continuo tránsito dialéctico entre la represión y la futura libertad. De ahí que sus últimas canciones fuesen "D'un temps, d'un país" y "Diguem no", como reflejo de que las circunstancias aún no han variado esencialmente. Aunque ya sean mucho más esperanzadoras que antes, dada la existencia de esos grupos, de esos hombres, cuya vida él recoge en sus canciones, aunque "no me proponga hacer temas, sino explicar vivencias", como Raimon puntualizaría en la introducción a una de sus obras.

Pienso que el público lo entendió también así, y supo con igual intensidad escuchar las canciones que se referían al "pasado-presente" como al "presente-futuro". La emoción que originaban los gritos coreados de "Amnistía", "Libertad" y otros que concretaban unos objetivos también directos e inmediatos, las alusiones a los personajes que se quiere que vuelvan o a las realidades que se desea ver nacer, fueron perfectamente compatibles con el minuto de silencio guardado durante el descanso en homenaje a unos seres a los que se recordaba o con los miles de cerillas y encendedores que brillaron en el Pabellón de Depor-

tes del Real Madrid cuando se quería testimoniar la luz, la existencia de los marginados de la vida oficial del país. Si en el descanso del recital —y alrededor del minuto de silencio mencionado— volvió a existir ese ambiente de fiesta que describíamos al comienzo, si aquel cuarto de hora de reposo se convirtió en todo lo contrario, en un ejercicio apasionado de unión y de exteriorización de todo cuanto está reprimido y de todo cuanto se desea no continúe reprimido más tiempo, el silencioso espectáculo de las luces ardiendo en la oscuridad no era ni menos significativo, ni menos testimonial. Igual que cuando Raimon cantó su precioso "18 de Maig a la Villa", en recuerdo de su recital del 18 de mayo de 1968 en la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas de Madrid, toda una serie de vivencias individuales y colectivas surgieron entre los espectadores, muchos de los cuales o habían estado allí o han protagonizado posteriormente hechos similares.

La tarde del 18 de mayo de 1968 acabó con una fortísima carga de la Policía Armada, que disgregó violentamente a los que habían escuchado al cantante catalán. Aún mayores eran los efectivos de orden público que rodeaban el Pabellón de Deportes en la noche del 5 de febrero de 1976. Hubo un momento de nerviosismo cuando, a las doce menos diez, la Policía se situó en los vomitorios que conducen a los graderos, taponando cada uno de ellos. El perfecto comportamiento cívico de todos los asistentes, que se vieron obligados a salir casi en fila india, entre numerosísimos efectivos policíacos preparados para una acción inmediata, evitó cualquier incidente dentro de esta hermosa noche democrática. Una noche en que un cantante y seis mil madrileños, desterrando todos los tópicos de antinomia entre Cataluña y Castilla, se sintieron juntos e identificados en una lucha común.

*T'adones, company,
no volen arguments,
usen la força.*

*T'adones, company,
que hem de sortir al carrer
junts, molts, quants més millor,
si no volem perdre-ho tot..." (3). ■*

Fotos: F. MILLAN.

(3) "Te das cuenta compañero/no se quiere argumentos/se usa la fuerza/Te das cuenta compañero/que hemos de salir a la calle/juntos, muchos, cuantos más mejor/si no queremos perderlo todo..."